

CASA DE BORBON.

Luego que Cárlos II expiró, los ministros y jefes del palacio se juntaron para abrir el testamento, y hecha pública la eleccion de un príncipe francés para heredero de la corona, la junta de gobierno instituida por el difunto rey en su última disposicion, despachó un correo á Francia con el aviso del fallecimiento del monarca y cópia del testamento, habiéndosele dado orden para que si este no era aceptado por Luis XIV, pasase á Viena á presentarlo al emperador Leopoldo, por haber sido nombrado su hijo el archiduque Cárlos, en defecto del duque de Anjou. Luis XIV se hallaba en Fontainebleau cuando el correo llegó, y aunque todo hubiese sido obra de sus manejos, fingió vacilar entre la aceptacion del testamento y el cumplimiento del tratado de division de los estados de la monarquía española, celebrado con su participacion: pero cediendo á las razones que le expusieron el delfin su hijo y los individuos de su consejo á quienes consultó, contestó á la junta admitiendo la corona para su nieto, y habiéndose trasladado á Versalles, hizo entrar á su gabinete al delfin con sus tres hijos, los duques de Borgoña, Anjou y Berry y al embajador español, y dirigiéndose al jóven duque de Anjou, le dijo: "Señor, el rey de España os ha hecho rey: los nobles os piden; el pueblo os desea, y yo consiento. Vais á reinar sobre la monarquía mayor del mundo y



FELIPE V.

Primer Rey de España de la casa de Borbon.

sobre un pueblo valiente y generoso, afamado en todos tiempos por su honor y su lealtad. Os recomiendo que lo ameis, y que merezcáis su amor y su confianza por la suavidad de vuestro gobierno." Volviéndose luego al embajador español, añadió: "Señor, saludad á vuestro rey." El embajador hizo á este una profunda reverencia, y lo cumplimentó de la manera mas respetuosa. Abriéronse entónces las puertas del salon, y Luis, con el aire de magestad que sabia tomar en las ocasiones solemnes, dijo á los grandes de su córte, entónces la mas magnífica de Europa, convocados para este acto: "Señores, ved aquí al rey de España: su nacimiento y el testamento del último rey lo han llamado al trono: la nacion española toda entera lo pide: su nombramiento es la voluntad del cielo, y yo la obedezco con placer;" y hablando al jóven príncipe: "Sed buen español, le dijo; esta es vuestra primera obligacion, pero acordaos que habeis nacido francés, para conservar la union de las dos coronas: así hareis felices á las dos naciones y conservareis la paz de la Europa." Tal fué la augusta ceremonia con que Luis XIV dió á reconocer á su nieto por rey de España.

Tratóse luego del viage del nuevo rey á Madrid. Luis le dió por escrito instrucciones llenas de sabiduría y prudencia para su gobierno, y á su salida de Versalles el 4 de Enero de 1701, le recordó al despedirse la union que debia haber entre las dos coro-

nas, y le dijo aquellas notables palabras: "de hoy en adelante ya no hay Pirineos," que hicieron conocer á la Europa, todo lo que tenia que temer de la reunion de estas dos grandes monarquías en una misma familia. Felipe, al pasar el Bidasoa, se separó de los señores franceses que lo habian acompañado, quedando á su lado solo el embajador Harcourt y otros dos, y con una magnífica comitiva de los grandes de España comisionados para recibirlo, llegó á la capital el 18 de Febrero, pero no hizo su entrada pública hasta el 21, y fué recibido con grande aplauso. Los españoles que habian temido ver desmembrada la monarquía, veian en Felipe la prenda de la integridad de esta, y la grandeza y poder á que la Francia habia llegado bajo el gobierno de Luis XIV, les hacia esperar que la España recobraría su antiguo lustre, gobernada por un príncipe de la familia del gran monarca, que era considerado como el árbitro de la Europa. En todas las partes de la monarquía fué reconocido el nuevo rey sin contradiccion, aun en aquellos estados en que por influjo de la reina D^a Mariana de Neobourg, se habian puesto gobernadores alemanes ó adictos á la familia de Austria, como en los Países Bajos, Milan y Nápoles: en Mejico hizo la proclamacion del nuevo soberano el virey conde de Moctezuma, y fué reconocido y jurado como sus predecesores, el 4 de Abril del mismo año de 1701.

Las esperanzas que los españoles habian concebi-

do del nuevo reinado, no era posible se realizasen tan pronto ni sin grandes sacrificios: el mal estaba demasiado arraigado, y como escribía al ministro Torcy, el marques de Louville, uno de los señores franceses que acompañaron á Felipe para dirigirlo: "Si un ángel hubiese bajado del cielo á tomar en sus manos las riendas del gobierno, se hubiera encontrado desconcertado en la situacion que la España tenia, pues parecia acangrenada de un extremo á otro." Al hacer la pintura del estado de aquella nacion cuando comenzó el gobierno de los príncipes de la casa de Borbon, parecerá que el retrato es tomado de un original mas cercano y que por desgracia nos toca mas inmediatamente; pero los efectos del desórden en todas partes y en todos tiempos son los mismos, y una sociedad política en estado de disolucion, ofrece siempre iguales síntomas. Los medios de defensa se hallaban enteramente abandonados, y la nacion que habia tenido en pié tan numerosos ejércitos, no contaba con seis mil hombres de regulares tropas en la península, teniendo casi desguarnecidas las posesiones de Italia y Flándes: las fortificaciones estaban en ruinas y en Barcelona, no se habian reparado todavía las brechas abiertas por los franceses en el último sitio: la escuadra se componia de trece galeras viejas, arribadas en diversos puertos: los arsenales estaban en inaccion y aun el arte de construir buques habia caido en olvido: para proteger el comercio de Amé-

rica y las flotas que lo hacian, no habia mas que algunos galeones, especie de navíos de guerra pesados y poco útiles para un combate. La administracion de la hacienda estaba entregada á arrendatarios, y los productos de las contribuciones con que se hallaban oprimidas las provincias, eran absorbidos por estos ó por una multitud de empleados que llenaban inútilmente las oficinas. Para hacerse de fondos para las necesidades urgentes de la guerra, se habian contratado en el último reinado préstamos con intereses ruinosos, y por último se habian vendido los empleos, aun los de primer órden, como los vireinatos de América. Si las entradas eran escasas, la distribucion se hacia sin economía, aprovechándose de las mejores rentas los favoritos, y entre estos una multitud de alemanes que la reina D^a Mariana habia colocado en los ministerios, y mas que todos la condesa de Berlips, su dama de honor, que se volvió á su pais con una gran riqueza, é hizo ostentacion de los despojos de España, comprando una hermosa posesion cerca de Colonia. El gobierno interior habia caido en el mas completo desórden: en la misma capital de la monarquía, las calles y las plazas estaban llenas de vagamundos armados, que cometian toda clase de crímenes y que encontraban asilo en las iglesias ó en las casas de los grandes, cuando eran perseguidos por la justicia. El pueblo insolentado, faltaba al respeto al difunto rey cuando salia en público, y apenas

habia alguna corrida de toros ú otra concurrencia, en que no se sacasen las espadas por la mas ligera ocasion. Todo el mundo estaba armado, ménos el gobierno, que se habia visto obligado á conceder cuanto se le pedia, en los motines frecuentes que se excitaban por alguna escasez ó carestía de víveres, ó con otros motivos, como el que hubo contra los franceses y en que fueron muertos casi todos los que habia en Madrid.

Para remediar tantos desórdenes, se necesitaba una mano firme y experimentada en los negocios, y no parecia que pudiese serlo la de un príncipe de diez y siete años, que sin conocimiento del pais, tenia que sujetarse á la direccion del cardenal Portocarrero, y seguir las instrucciones que recibia de Luis XIV. Para todo se ocurría á este, que importunado con las continuas consultas que se le hacian, llegó á decir, que en España habian sin duda creído que él era el ministro de su nieto. El embajador de Francia asistía al despacho y nada se hacia sin su aprobacion, y habiéndose celebrado el casamiento de Felipe con D^a María Luisa, hija del duque de Saboya, Luis XIV nombró camarera mayor á la princesa de los Ursinos, la que por el influjo que ejercia sobre la jóven reina y esta sobre el rey, disponia de los destinos de la monarquía, y en lucha frecuente con los embajadores de Francia, eran removidos estos ó retirada aquella, segun los informes que hacian al gabinete de Versalles.

Aunque Felipe hubiese sido reconocido en todos los estados que dependian del cetro español, no estaba por esto asegurado en el trono, miéntras no lo fuese por las potencias que habian intervenido en los diversos tratados celebrados para la desmembracion de la monarquía. Luis XIV intentó satisfacer á estas, exponiendo por medio de memorias que presentaron sus ministros en las respectivas cortes, los motivos que habia tenido para admitir el testamento de Cárlos II, pretendiendo que con la transmision de la corona á su nieto, quedaba removido el temor de que los reinos de Francia y de España viniesen á recaer en un mismo individuo; mas sus razones no fueron bien recibidas. La muerte del príncipe de Baviera habia disminuido el número de los pretendientes y solo quedaba el archiduque Cárlos, á quien su padre el emperador Leopoldo y su hermano mayor José, que ocupó despues de este el trono imperial, habian cedido sus derechos, pero muy léjos de renunciar á ellos, el embajador de Austria presentó una protesta al gobierno de Madrid (17 de Enero de 1701,) y en seguida se retiró de aquella corte: la Inglaterra y la Holanda disimulaban y aun reconocieron formalmente á Felipe, pero Luis XIV recelando de sus intenciones, trató de fortificarse con alianzas, negociando la del duque de Saboya, por medio del casamiento del jóven rey de España con una hija de aquel soberano y renovando antiguos tratados con Portugal.

El emperador, para hacer valer por las armas el derecho del archiduque su hijo, hizo entrar en Italia un ejército á las órdenes del príncipe Eugenio, con el fin de apoderarse del Milanés, lo que obligó á Luis XIV á mandar otro para su defensa. Al mismo tiempo se tramaba en Nápoles una conspiracion por los muchos adictos que la casa de Austria tenia allí, en la que se habian comprometido varios individuos de la nobleza, y aunque fué reprimida por el virey duque de Medinaceli, siendo castigados con la pena capital los principales de los conspiradores, aquel reino se manifestaba siempre inclinado al partido austriaco. Felipe creyó necesario trasladarse á él para ganar los ánimos con su presencia, y habiéndose adelantado hasta Figueras (Septiembre de 1701,) á recibir á la reina, con cuya ocasion, á su tránsito por Zaragoza fué reconocido como rey de Aragon y en Barcelona por las cortes de Cataluña, jurando la observancia de los fueros y privilegios de aquellos estados, se embarcó en esta última ciudad y llegó á Nápoles (15 de Abril de 1702,) en donde fué recibido friamente. Pasó de allí por mar á Génova para acercarse al teatro de la guerra, y en los confines del Piamonte salió á encontrarlo su suegro el duque de Saboya, á quien ofreció el mando del ejército de Italia en calidad de generalísimo, mas no habiéndolo querido admitir desde entónces pudo Felipe conocer, que no obstante el reciente parentesco, aquel príncipe, segun el caracter pérfido

de su casa, estaba dispuesto á abandonarlo si se le presentaba ocasion de aumentar sus estados pasándose al bando de sus enemigos.

Las operaciones militares estaban concentradas en el ducado de Mantua, de todo el cual se habia apoderado Eugenio, á excepcion de la capital y de algun otro lugar. El mariscal duque de Vandoma que mandaba las tropas combinadas francesas y españolas, cedió el mando de honor á Felipe, pero continuó dirigiéndolo todo en nombre de este príncipe y los varios movimientos que por ambos ejércitos se hicieron, terminaron en la batalla de Luzzara, en la que Felipe dió señaladas pruebas de valor personal: aunque ambas partes se atribuyeron la victoria, las ventajas efectivas quedaron por los franceses y españoles, que obligaron á los austriacos á abandonar el territorio que habian ocupado en la Lombardía.

Durante la ausencia de Felipe, quedó en España encargada de la regencia la reina, la cual celebró cortes de Aragon en Zaragoza, y habiendo obtenido de ellas un escaso donativo, pasó á Madrid descontenta de la mezquindad con que la habian tratado los aragoneses. El rey, sin concluir los negocios de Italia, ántes del fin del año volvió á España á donde lo llamaban mas graves atenciones. La Inglaterra, la Holanda, y el emperador, habian celebrado el tratado que se llamó de la triple alianza, y en consecuencia en 15 de Mayo de 1702 declararon la guerra so-

lemnemente á la Francia y á la España, publicando un manifiesto en que calificaban á Luis y á Felipe de usurpadores del trono español, siendo este el principio de la célebre guerra de sucesion, que tantas desgracias causó á la España y de la que me limitaré á dar solo una idea abreviada, no entrando en mi objeto extenderme en todos sus pormenores.

El archiduque Cárlos, proclamado en Viena rey de España con el nombre de Cárlos III, se trasladó á Lisboa en una escuadra inglesa, habiéndose adherido Portugal á la triple alianza. (30 de Abril de 1704.) El ejército inglés y portugues, mandado por Lord Galloway, y por el marques de las Minas, se adelantó por Extremadura y el archiduque pasó á Barcelona, habiéndose declarado por él los reinos que formaban la corona de Aragon, Valencia y Cataluña, y mientras Felipe se hallaba ocupado en el sitio de Barcelona, que se vió obligado á levantar abandonando su artillería, (Mayo de 1706) el ejército anglo-portugues penetró hasta Madrid, de cuya capital se apoderó, (25 de Junio) retirándose la corte á Burgos.

A los males de la guerra, se unia el desconcierto en el gobierno. Los españoles no podian soportar la prepotencia de los franceses: el descontento se habia extendido entre los grandes, de los cuales el almirante de Castilla, en vez de dirigirse á Francia, para donde se le habia nombrado embajador como por un honroso destierro, se fué á Portugal á unirse al archidu-

que: el conde de Cifuentes se declaró por él en Aragon, y el marques de Leganés fué preso en Madrid, acusándolo de conspiracion. El mismo cardenal Portocarrero, que tanto habia contribuido á poner la corona de España sobre la cabeza de Felipe, se volvió contra él recibiendo á los aliados en Toledo prestando juramento de fidelidad á Cárlos y bendiciendo sus estandartes. La reina viuda que residia en aquella ciudad, á la que Felipe le habia prevenido se retirase desde su llegada á España, celebró con mucho aplauso la entrada de los aliados y la jura del archiduque.

Sin embargo, los aliados no pudiendo ni sostenerse en Madrid, ni volver atras por el camino de Portugal, impidiéndoselo las acertadas medidas tomadas por el mariscal duque de Berwick que mandaba el ejército español, se dirijieron á Valencia, y habiéndolos seguido Berwick, los derrotó completamente en Almansa (25 de Abril de 1707,) por lo que le se el título de duque de Liria y la grandeza de España. El duque de Orleans hermano de Luis XIV, que tomó el mando de las fuerzas combinadas, recobró á Aragon y Valencia, habiendo Felipe despojado á estos reinos de sus privilegios, en castigo de su infidelidad.

Las intrigas del palacio, en las que tenia la mayor parte la princesa de los Ursinos, y las pretensiones del duque de Orleans que intentaba formar en España un partido para sí mismo, lo hicieron volver á Francia. El mando del ejército francés se dió al mariscal de

Bessons, y el del español al conde de Aguilar, pero la rivalidad entre ambas naciones era tal, que los dos generales tuvieron que separar sus campos, y Felipe para evitar las funestas consecuencias que eran de temer, fué á ponerse él mismo á la cabeza de las tropas en Aragon. Estaba al frente de las de los aliados el mariscal Staremberg, y Felipe se atrevió á presentarle la batalla en Almenara, en la que sus tropas en gran parte bisoñas y mandadas por generales inexpertos, fueron fácilmente desbaratadas. Con los restos que pudo reunir se retiró á Zaragoza, en donde sufrió una completa derrota en el monte Torrero, (20 de Agosto de 1710) no obstante la brillante resistencia que hicieron los soldados españoles.

Con esta victoria les quedó á los aliados abierto el camino de Madrid, en donde entraron por segunda vez (1.º de Octubre de 1710) habiéndose retirado la corte y todos los tribunales á Valladolid. El archiduque hizo su entrada en la capital, (8 de Octubre) haciendo se le proclamase rey de España, pero no encontró quien lo aplaudiese y todos los habitantes manifestaron la mayor decision por Felipe. Quiso exijir el juramento de fidelidad á algunos grandes, que por su edad ó enfermedades no habian podido retirarse con la corte, y contestando por todos el anciano marques de Mancera, virey que habia sido de Méjico, dijo: que “desde su niñez habia aprendido á no reconocer mas que un Dios y un rey, y que no va-

riaria de principios cuando tenia ya un pié en el sepulcro.’ Algunos sin embargo se decidieron por el archiduque.

Las desgracias habian menudeado sobre las armas francesas: los ejércitos de Luis habian sido vencidos en Alemania por los ingleses mandados por el duque de Marlborough y en Italia por los austriacos y piemonteses, á cuya cabeza estaba el príncipe Eugenio y el duque de Saboya, que se habia declarado contra su yerno. En consecuencia de estas derrotas los aliados se apoderaron de todas las plazas que le quedaban á la España en Flandes, y en Italia del Milanés, habiendo en seguida ocupado el reino de Nápoles el general austriaco conde de Daun. Perdiéronse tambien la Cerdeña y los presidios de la costa de Toscana, y desde el principio de la guerra los ingleses se hicieron dueños de Gibraltar, y en el progreso de ella de las islas Baleares. Tantos reveses obligaron á Luis á solicitar la paz, pero las condiciones con que se la concedian los aliados eran tales, que se le queria obligar á emplear sus tropas para arrojar del trono de España á Felipe. Viendo que no le quedaba mas partido que seguir la guerra, tomó esta resolucion diciendo: “pues que quieren obligarme á hacer la guerra á mis hijos, vale mas hacérsela á mis enemigos.” Felipe, que habia estado inclinado aun á abandonar la España, trasladándose á Méjico, tomó la heroica determinacion de no contar mas que con

sus propios recursos confiando en el valor de los leales castellanos, que tantas pruebas le habian dado de su constancia y firme adhesion por su causa.

En España faltaba mas que todo, acierto en la direccion de las operaciones. Conociéndolo así Luis XIV dió el mando en jefe del ejército frances y español al mariscal duque de Vandoma, quien reuniendo las fuerzas dispersas, reforzándolas con las que de nuevo se mandaron de Francia, é inspirándoles nuevo valor y aliento, se acercó á Madrid, de donde Cárlos habia salido anticipadamente tomando con dos mil caballos el camino de Cataluña [11 de Noviembre de 1710]. Los aliados se retiraron á Toledo, donde parecia estaban resueltos á defenderse, pero abandonando aquella ciudad cuyo alcázar quemaron, se pusieron en marcha para volver á Aragon. Los ingleses mandados por Stanhope cubrian la retaguardia, y Staremborg marchaba á alguna distancia con el centro y vanguardia. Vandoma los siguió y aprovechando una ocasion favorable, atacó á los ingleses en Brihuega obligándolos á rendirse despues de una resistencia desesperada (9 de Diciembre de 1710). Staremborg que volvia á su socorro, fué batido en la célebre batalla de Villaviciosa (10 de Diciembre) ganada por las tropas españolas exclusivamente, y pudo con dificultad volver á Zaragoza con los restos de su ejército. Vandoma fué reconocido por el restaurador de la monarquía española.

Habia muerto entre tanto el delfin de Francia, padre de Felipe y la corona correspondia á un niño de tierna edad y débil salud que fué despues Luis XV. Tambien habia fallecido el emperador José, hermano del archiduque Cárlos, quien por esto entraba en posesion de los estados hereditarios de su casa, con lo cual el objeto que se habia tenido en la formacion de la triple alianza quedaba invertido, pues siendo el fin de aquella conservar la balanza del poder en Europa, esta se alteraba reuniéndose en un mismo individuo la corona de España y los estados de Austria, tanto como por la reunion de la España y de la Francia en una misma familia. El cambio de ministerio verificado por este mismo tiempo en Inglaterra hizo pasar el poder á manos de personas favorables á la paz, y el único obstáculo que á ella se oponia, que era el temor de que las coronas de Francia y de España pudiesen reunirse sobre una misma cabeza, se tuvo por removido con la nueva renuncia que Felipe hizo (5 de Noviembre de 1712) de todos sus derechos al primero de estos reinos y la de los príncipes franceses al trono de España. Satisfecha con esto la Inglaterra, procedió á entrar en negociacion con la Francia y la España, sin contar con sus aliados. Estos se tuvieron por ofendidos y el emperador resolvió seguir la guerra por sí solo, pero habiéndose separado el ejército inglés del austriaco, el príncipe Eugenio fué rechazado por el mariscal de Villars en las lineas de Denain, y este re-

ves inclinó tambien al emperador á la paz con Francia, aunque no con España, no queriendo renunciar sus derechos á aquel trono. Cada potencia hizo su tratado separado, coincidiendo todos en los puntos esenciales con el que se firmó en Madrid entre Inglaterra y España el 21 de Marzo de 1714, y se ratificó por el de Utrech en 11 de Abril de aquel año. Luis XIV dirigió la negociacion de tal manera, que todos los sacrificios que habian de hacerse recayesen sobre la España, y en substancia las condiciones que se convinieron fueron la division de esta monarquía, á la manera que se habia intentado ántes de comenzar la guerra. Felipe fué reconocido por rey, pero cedió los Países Bajos, Milan, Nápoles y Cerdeña á la Austria; la Sicilia de que la España se habia mantenido en posesion durante la guerra, fué el premio de la mala fé del duque de Saboya, con el título de rey; Inglaterra se quedó con Gibraltar y la isla de Menorca, y se le volvió á conceder "el asiento," que era el odioso privilegio de introducir negros esclavos en el continente é islas de América: tráfico que aquella potencia tenia entónces tanto empeño en fomentar, como despues ha tenido en extirparlo, sirviéndose de aquel privilegio miéntras subsistió, para hacer á su sombra el contrabando en las posesiones españolas.

Solo los catalanes no habian querido ceder y fieles á la causa que una vez abrazaron, resolvieron sostenerla aun viendo partir al archiduque, quien para

que no le impidiesen salir de Barcelona y trasladarse á Italia con el fin de pasar á sus estados hereditarios, tuvo que dejar en aquella ciudad á la archiduquesa su esposa, como prenda de que no los abandonaba, asegurando en una solemne declaracion, (6 de Septiembre de 1811) que volveria y haria los últimos esfuerzos para terminar la guerra, cuyos males sufrían con tanta constancia. Elevado despues al trono imperial, aunque no hizo la paz con España ni reconoció como rey á Felipe, conservando él mismo este título, celebró con la Francia y la Inglaterra un convenio particular, por el que se obligó á sacar sus tropas de Cataluña, y de las islas de Mallorca é Ibiza, y á una suspension de armas en Italia hasta la paz general, concediéndose por el rey de España una amnistía en favor de los catalanes, y obligándose la Francia y la Inglaterra á mediar para que se les conservasen sus privilegios. Los catalanes no se desalentaron viendo salir á la emperatriz y las tropas austriacas, y resolvieron constituirse en república, declarando con la mayor resolucion la guerra á la Francia y á la España.

Felipe, á quien la paz que se acababa de celebrar permitia disponer de todas sus tropas, hizo marchar un gran número de ellas á Cataluña, y habiendo reducido una en pos de otra las ciudades mas importantes del principado que se conservaban adictas á la revolucion, su ejército mandado por el duque de